

les, temiendo si era espíritu ó fantasma lo que veían, y el Señor les dijo ¹: *¿De qué os turbáis y admitís tan varios pensamientos? Mirad mis piés y manos, y conoced que Yo soy vuestro maestro. Tocad con vuestras manos mi cuerpo verdadero, que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veís que Yo los tengo.* Estaban tan turbados y confusos los Apóstoles, que viendo y tocando las manos llagadas del Salvador, aun no acababan de creer que era él á quien hablaban y tocaban. El amantísimo Maestro, para asegurarlos mas, les dijo ²: *Dadme si tenéis algo de comer.* Ofreciéronle muy gozosos parte de un pez asado y de un panal de miel ³; comió parte de ello, y lo demás les repartió á todos, diciendo: *¿No sabéis que todo lo que por Mi ha pasado es lo mismo que lo que de Mi estaba escrito en Moisés, en los Profetas, en los Salmos y Escrituras sagradas, y que todo se debia cumplir así como estaba profetizado?* Y con estas palabras les abrió los sentidos, y le conocieron, y entendieron las Escrituras que hablaban de su pasión, muerte y resurrección al tercero día. Y habiéndolos así ilustrado, les dijo otra vez ⁴: *Paz sea con vosotros. Como me envié á Mi mi Padre, así os envío Yo para que enseñéis al mundo la verdad y conocimiento de Dios y de la vida eterna, predicando penitencia de los pecados y remisión de ellos en mi nombre.* Y derramando en ellos su divino aliento ó sople, añadió y dijo ⁵: *Recibid al Espíritu Santo, para que los pecados que perdonáredeis sean perdonados, y los que no perdonáredeis no lo sean. Predicaráis á todas las gentes, comenzando de Jerusalem* ⁶. Con esto desapareció el Señor, dejándoles consolados y asegurados en la fe, y con potestad de perdonar pecados ellos y los demás sacerdotes.

1488. Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando santo Tomás presente; pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió á la congregación de donde se había ausentado, y le contaron los Apóstoles todo cuanto en su ausencia les había sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito á lo que todos aseguraban, si primero no viese por sus ojos las llagas, y tocase la del costado y las demás con su mano y dedos ⁷. En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho días, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos Apóstoles y del incrédulo. Saludólos como solía, diciendo ⁸: *Paz sea con vosotros.* Y llamando luego á Tomás, le repre-

¹ Luc. xxiv, 38, 39. — ² Ibid. 41. — ³ Ibid. 42. — ⁴ Joan. xx, 21.

⁵ Ibid. 22. — ⁶ Luc. xxiv, 47. — ⁷ Joan. xx, 25. — ⁸ Ibid. 26.

hendió con amorosa suavidad, y le dijo ¹: *Llegad, Tomás, con vuestras manos, y tocad los agujeros de las mias y de mi costado, y no queráis ser tan incrédulo, sino rendido y fiel.* Tocó las divinas llagas Tomás, y fue ilustrado interiormente para creer y conocer su ignorancia. Y postrándose en tierra dijo ²: *Señor mio y Dios mio.* Repliqué su Majestad ³: *Porque me viste, Tomás, me has creído; pero serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren.* Desapareció el Señor, quedando los Apóstoles y Tomás llenos de luz y de alegría. Luego fueron todos á dar cuenta á María santísima de lo que había sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

1489. No estaban entonces los Apóstoles capaces de la gran sabiduría de la Reina del cielo, y mucho menos de las noticias que tenía de todo lo que á ellos les sucedía, y de las obras de su Hijo santísimo; y así la daban cuenta de lo que iba sucediendo; y ella los oía con suma prudencia y mansedumbre de Madre y de Reina. Y despues de la primera aparición la contaron algunos apóstoles la obstinación de Tomás, y que no les quería dar crédito á todos juntos, aunque le afirmaban haber visto á su Maestro resucitado; y en aquellos ocho días, como perseveraba en su incredulidad, creció mas contra él la indignación de algunos apóstoles. Y luego iban á la gran Señora, y le culpaban en su presencia de culpado, terco, arriado á su parecer, como hombre grosero y desalumbrado. La piadosa Princesa los oía con pacífico corazón; y viendo que crecía el enojo de los Apóstoles, que aun estaban todos imperfectos, habló á los mas indignados, y los quietó con decirles que los juicios del Señor eran muy ocultos, y que de la incredulidad de Tomás sacaría grandes bienes para otros y gloria para sí mismo; que esperasen y no se turbasen tan presto. Hizo la divina Madre ferventísima oración y peticiones por Tomás, y por ella aceleró el Señor su remedio, y se le dió al incrédulo Apóstol. Luego que se redujo y dieron todos noticia á su Maestra y Señora, los confirmó en su fe, amonestándolos y corrigiéndolos; y los ordenó que con ella diesen gracias al muy alto por aquel beneficio, y que fuesen constante en las tentaciones; pues todos estaban sujetos á los peligros de caer. Otras muchas y dulces razones les dijo de corrección, enseñanza, advertencia y de doctrina, previniéndolos para lo que les restaba de trabajar en la nueva Iglesia.

1490. Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el evangelista san Juan ⁴; y solamente se escribieron las que

¹ Joan. xx, 27. — ² Ibid. 28. — ³ Ibid. 29. — ⁴ Ibid. 30.

bastan para la fe de su resurreccion. Luego el mismo Evangelista ¹ escribe la aparicion que hizo su Majestad en el mar de Tiberias á san Pedro, Tomás, Nathanael, á los hijos del Zebedeo y otros dos discipulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparicion en esta forma: Fueron los Apóstoles á Galilea, despues de lo que en Jerusalem les habia sucedido; porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verian. Y hallándose los siete apóstoles y discipulos cerca de aquel mar, les dijo san Pedro que para tener alguna cosa con que pasar, queria ir á pescar, que lo sabia hacer de oficio. Acompañaronle todos en él, y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. Á la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces á conocer. Estaba cerca la barquilla en que pescaban, y preguntóles el Señor ²: *¿Teneis algo que comer?* Ellos respondieron: *Nada tenemos.* Replicó su Majestad ³: *Arrojad la red á la diestra de la navecilla, y cogereis.* Hiciéronlo así, y llenóse la red de pescado, de manera que no la podian levantar. Entonces san Juan con el milagro conoció á Cristo nuestro Señor, y llegando á san Pedro, le dijo: El Señor es quien nos habla de la ribera. Con este aviso lo conoció tambien san Pedro; y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy apriesa la túnica de que estaba desnudo, y se arrojó al mar ⁴, caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

1491. Saltaron en tierra, y hallaron que ya el Señor les tenia prevenida la comida; porque vieron lumbre, pan y un pez sobre las brasas; pero su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habian pescado ⁵, y tirando san Pedro, halló que tenia ciento y cincuenta y tres peces; y con ser tantos, no se habia rompido la red. Mandóles el Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevia á preguntarle quién era: porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Repartióles los peces y pan. Y luego que acabaron de comer se volvió á san Pedro, y le dijo ⁶: *Simon, hijo de Jona, ¿ámasme tú mas que estos?* Respondió san Pedro: *Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.* Replicó el Señor: *Apacienta mis corderos.* Luego le preguntó otra vez: *Simon, hijo de Jona, ¿ámasme?* San Pedro replicó lo mismo: *Señor, tú sabes que te amo.* Hizo el Señor tercera vez la

¹ Joan. xxi, 1. — ² Ibid. 5. — ³ Ibid. 6. — ⁴ Ibid. 7. — ⁵ Ibid. 10.

⁶ Ibid. 13, 16, 17.

misma pregunta: *Simon, hijo de Jona, ¿ámasme?* Con esta tercera vez se entristeció san Pedro y respondió: *Señor, tú sabes todas las cosas, y que yo te amo.* Respondióle Cristo nuestro Señor tercera vez: *Apacienta mis ovejas.* Con que á él solo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces en el amor que le tenia, como si con aquel solo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad, y él solo le bastara para administrarla dignamente.

1492. Luego el mismo Señor intimó á san Pedro la carga del oficio que le daba, y le dijo ¹: *De verdad te aseguro, que cuando seas ya viejo, no te has de ceñir, como cuando eres mozo, ni has de ir á donde tú quisieres; porque te ceñirá otro y te llevará á donde no quieras.* Entendió san Pedro que le prevenia el Señor la muerte de cruz con que le imitaria y seguiria. Pero como amaba tanto á san Juan, deseando saber lo que seria dél, preguntó al Señor ²: *¿Qué determinas hacer de este tan amado vuestro?* Respondióle su Majestad: *¿Qué te importa á tí saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sigüeme tú, y no cuides de lo que Yo quiero hacer dél.* De estas razones se levantó entre los Apóstoles un rumor, que san Juan no habia de morir. Pero el mismo Evangelista advierte, que Cristo no dijo que no moriría afirmativamente, como consta de las palabras referidas; antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenia de la muerte del Evangelista, reservando entonces para sí el secreto. De todos estos misterios y apariciones tuvo Maria santísima clara inteligencia por la revelacion que muchas veces he dicho ³. Y como archivo de las obras del Señor y depositaria de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y conferia en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los Apóstoles, en especial el nuevo hijo san Juan, la informaban de todos los sucesos que se ofrecian. La gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta dias continuos despues de la resurreccion; y allí gozaba de la vista de su Hijo santísimo y de los Santos y Ángeles; y estos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacia; y como de su boca los cogian los Ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las vitorias y virtudes.

¹ Joan. xxi, 18. — ² Ibid. 21, 22, 23.

³ Supr. n. 990, 534, et frequenter.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

1493. Hija mia; la enseñanza que te doy en este capítulo será también la respuesta del deseo que tienes de entender por qué mi Hijo santísimo se apareció una vez de peregrino, otra como hortelano; y por qué no se daba á conocer siempre á la primera vista. Advierte, pues, carísima, que las Marías y los Apóstoles, aunque ya eran discípulos del Señor, y entonces los mejores y mas perfectos en comparacion de los otros hombres del mundo; con todo eso en el grado de la perfeccion y santidad eran párvulos, y no tan adelantados como debian en la escuela de tal Maestro. Y así estaban flacos en la fe, y en otras virtudes eran menos constantes y fervorosos de lo que pedia su vocacion y beneficios recibidos de la mano del Señor; y las culpas menores de las almas favorecidas y escogidas para la amistad de Dios, y de su familiar trato, pesan en los ojos de su justísima equidad mas que algunas culpas graves de otras almas que no son llamadas á esta gracia. Por estas causas los Apóstoles y las Marías, aunque eran amigos del Señor, no estaban dispuestos, con sus culpas y flaqueza, tibieza y flojedad de amor, para que el divino Maestro les comunicase luego los efectos celestiales de su conocimiento y presencia. Pero con su paternal amor les hablaba, primero de manifestarse, palabras de vida con que los disponia, ilustrándolos y fervorizándolos. Y cuando en sus corazones renovaba la fe y el amor, entonces se les daba á conocer, y les comunicaba la abundancia de su divinidad que sentian, y otros admirables dones y gracias con que eran renovados y levantados sobre sí mismos. Y cuando comenzaban á gozar de estos favores, se les desaparecia, para que le codiciasen de nuevo con mas ardientes deseos de su comunicacion y trato dulcísimo. Este fue el misterio de aparecerse disimulado á la Magdalena, á los Apóstoles y discípulos del camino de Emaús. Y lo mismo hace respectivamente con muchas almas que elige para su íntimo trato y comunicacion.

1494. Con este órden admirable de la divina Providencia quedarás enseñada y reprehendida de las dudas ó incredulidad que tantas veces has incurrido en los beneficios y favores que recibes de la divina clemencia de mi Hijo santísimo, en que ya es tiempo moderes los temores que siempre has padecido; porque no pases de humilde á ingrata, y de dudosa á pertinaz y tarda de corazon para darles crédito. También te servirá de doctrina el ponderar digna-

mente la prontitud de la inmensa caridad del Altísimo en responder luego á los humildes y contritos de corazon ¹; y asistir al punto á los que con amor le buscan ² y desean, y á los que meditan y hablan de su pasion y muerte. Todo esto conocerás en Pedro y la Magdalena, y en los discípulos. Imita, pues, hija mia, el fervor de la Magdalena en buscar á su Maestro, sin detenerse con los mismos Ángeles, sin alejarse del sepulcro con todos los demás, sin descansar un punto hasta que le halló tan amoroso y suave. Y esto le granjeó también el haberme acompañado á mí en toda la pasion con ardentísimo corazon. Y lo mismo hicieron las otras Marías, con que merecieron las primeras el gozo de la resurreccion. Tras ellas le alcanzó la humildad y dolor con que san Pedro lloró su negacion ³; luego se inclinó el Señor á consolarle, y mandar á las Marías que señaladamente le diesen á él nuevas de la resurreccion ⁴, y luego lo visitó y confirmó en la fe, y lo llenó de gozo y dones de su gracia. Á los dos discípulos, aunque dudaban, porque trataban de su muerte y se compadecian de ella, se les apareció luego antes que á otros. Y te aseguro, hija mia, que ninguna buena obra de las que hacen los hombres con recta intencion y corazon se queda sin gran premio de contado; porque ni el fuego en su grande actividad enciende tan presto la estopa muy dispuesta, ni la piedra, quitado el impedimento, se mueve tan presto para el centro, ni el mar corre en su ímpetu ni va con tanta fuerza como la bondad del Altísimo y su gracia se comunica á las almas cuando ellas se disponen, y quitan el óbice de las culpas que detiene como violento el amor divino. Esta verdad es una de las cosas que mayor admiracion causa en los bienaventurados, que la conocen en el cielo. Alábele por esta infinita bondad, y también porque con ella saca de los males grandiosos bienes, como lo hizo de la incredulidad de los Apóstoles, en que manifestó el Señor este atributo de su misericordia con ellos; y para todos hizo mas creible su santa resurreccion, y patente el perdón de los pecados y su benignidad, perdonando á los Apóstoles, y como olvidando sus culpas, para buscarlos y aparecérselos, y humanándose con ellos como verdadero padre; alumbrándoles y dándoles doctrina segun su necesidad y poca fe.

¹ Psalm. xxxiii, 19. — ² Sap. vi, 13. — ³ Matth. xxvi, 75.

⁴ Marc. xvi, 7.